TRAGEDIA.

EL TANCREDO.

EN CINCO ACTOS.

ACTORES.

Argiro.
Amenaida.
Tancrédo.
Orbasan.
Loredano.
Catán.
Aldamon.
Fánia.
Varios Caballeros.
Escuderos, Soldados y Pueblo.

ACTO I.

SCENA I.

Junta de Caballeros, sentados en medio circulo.

Arg. ILustres vengadores de Sicilia,
Caballeros, que honrando asi mis años,
quereis juntaros en mi propia casa
à tratar de expeler nuestros tiranos,
y formar un Imperio floreciente.
Mucho ha que Siracusa está llorando
nobles designios de un valór inutil,
sin debida sazon manifestados.
Marchád contra las lunas agarénas:
tiempo es de que se salve del naufragio
el mas dulce, el mayor, el bien postrero
que ya nos queda, el fuero mas sagrado
de almas como las vuestras generosas,
la libertad en fin, à que aspiramos.
Actualmente dos grandes enemigos
de esta insige Republica, contrarios
al derecho de todas las naciones,
y á la felicidad de los humanos;
los Cesares de Oriente, los soverbios
Musulmánes intentan su tirano
yugo imponeros. Entre si disputan
estos que el Orbe usurpan arbitrarios,
la gloria de ceñirnos sus cadenas.
Los Griegos à Mecina avasallaron.
El atrevido Solamir domina
desde Arigento los feráces campos
que Etna corona, y para Siracusa
todo era à la sazon fatál presagio.
Pero entre si envidiosos, convirtiendo
nuestros perseguidores en su daño
las armas destinadas à extinguirnos,
en beneficio nuestro han peleado.
Por disputar la présa, ya los vémos
sin vigor, y los Cielos apiadados,
à nuestra libertad abren oy senda:
propicía es la ocasion. No la perdamos.
En su postrer periódo se halla
el poder sarraceno, y ha empezado
Europa à no temerle qual solia.
Carlos Martél en Francia, un D. Pelayo
en España, un Leon en Roma, muestran
de divino valór armado el brazo,

como esta hidra domeñar se puede.
Bien sé que Siracusa se arde en vandos.
Que se halla vacilante, y casi esclava.
No es mi animo aquel tiempo recordaros
en que contra nosotros delinquentes
volvimos los azéros; y el estado
vertió la sangre de sus proprios hijos.
Antes pretendo queden olvidados
desde oy nuestros rencores, nuestras iras.
Reine, Orbásan, en los Siracusanos
solo un partido, cuyo objeto sea
el bien comun. Dichoso yo, si acáso
con nuestra union revive ya la patria.
Y pues q̃ en otro tiempo pudo el mando
de iguales nuestros inspirar envidias,
oy unánimes todos resolvámos
morir y vivir libres, sin que nadie
logre jamás llamarnos sus vasallos.

Orb. Si, Argiro. Ha mucho que entre nuestras casas,
dura el encóno que turbó el estado.
Ya solo aspira à unir los Orbasanes
Siracusa à tu sangre en firme lazo.
Protejámonos oy el uno al otro.
Qual buen patricio, à tu hija doi la mano.
Y al publico sirviendo, à ti, à tu casa,
desde el altar apenas desposado
voi contra Solamir, corro á vengarte.
Rendir no basta al Moro. Otros contrarios
mas terribles tuvimos, que de un pueblo
servil quizá oy en dia son amados.
¿Quien concedió derecho à los Franceses,
de avecindarse en nuestro clima patrio?
A un Euci, de las margenes del Sena,
¿quien à las de Aretusa nos le traxo?
primero humilde se ofreció à servirnos:
altivo supo luego avasallarnos:
despues sus descendientes, poderosos
con herencias quantiosas que juntaron,
los animos concilian, se hacen dueños
de los votos de un pueblo deslumbrado.
Y en desdóro del lustre de mi casa,
se atreven à usurpar agenos lauros.
Dimos por fin, castigo à tal arrojo.
Y à pesar de los muchos partidarios
de la faccion de los Eucies, vemos
de esta orilla à sus nietos desterrados.
Tancrédo, aquella rama de la estirpe
siempre fatál, mui niño fué alejado
de Siracusa. Dicen que ha servido
en campañas al Cesar de Bizancio.
Es orgulloso, y ofendido se halla.
Nadie puede negarle lo vizarro.
Nuestras leyes detesta vengativo;
y no hai francés q̃ despreciar debamos;
pues hemos visto en nuestra edad, q̃ solo
tres escuderos pobres, sin amparo,
hijos del frio seno de la Neustria,
tomando patria en los Apulios campos,
sin mas derecho q̃ el que dán las armas,
echan sus dueños, se hacen potentados.
Arabes, Griegos, Francos y Alemanes,
todos inféstan con ruinoso estrago
nuestras campañas por su mal fecundas,
y la codicia atrahe desde el austro,
Oriente y Norte enxambres de vandidos:
defendernos es fuerza, y aun vengarnos.
Mas de una vez se ha visto Siracusa,
expuesta à la traicion, à infieles lazos.
Nuestra ley conservemos inmutable,
ley que prescribe sea despojado
de honór y vida aquel que mantuviere
con nuestros enemigos algun trato
contra la patria. La blandura anima
à la maquinacion, al atentado.
No se perdone yá ni edad ni sexo ...
¿En que estriva el dominio soberano
de Venecia? en la cauta desconfianza,
en la severidad. Oy castigando
à qualquier delinquente, Siracusa
imite recta aquel sistéma sabio.

Lor. Cierto que es afrentoso, q̃ en Sicilia
numere Solamir sequazes tantos
en nuestros dias. Solamir, un Moro
que à Moros manda; y deplorable caso,
que en Isla tan guerrera, tan christiana,
y entre nosotros tenga de su vando
à infinitos, vendidos al coécho.
Ya trata nuestra ruina allá en Bizancio;
ya logra introducirse en Siracusa;
disponiendo la guerra, mientras falso
la paz ofrece; y para desunirnos,
procura de mil modos engañarnos.

Tam-

Tambien le aclama un sexo peligroso,
cuyo debil capricho tiene mano
absoluta en un vulgo todayia
mas debil: ese sexo que con pasmo
admira siempre novedades y heroes.
¿No reparais que ya los ciudadanos,
se emplean en las artes seductoras
à que dedica Arabia su conato?
artes dañosas con que los hechizan:
artes que noblemente desdeñaron
admitir nuestros inclitos abuelos.
Nuestra arte sea vencer, solo esta alabo.
Espero en mi valor. Del vuestro fio.
Y la severidad austera aplaudo,
que ha de vengar la libertad y leyes.
Bastó un traidor para poner en manos
de viles Moros à la rica España.
Entre nosotros nace à cada paso
no un traidor sino muchos, y conviene
que tanta iniquidad tenga su pago.
Prefiera à la piedad el bien de todos.
Y Solamir vencido, proscribamos
à aquel Tancredo en cuyas venas late
la sangre, que odia el buen Siracusano,
à aquel que debe sernos mas temible.
Su patrimonio por decreto sabio
à Orbasán transmitimos justamente,
confundiendo por fin à los contrarios
que siguen en secreto el fatal nombre
de ese Tancrédo. A ti, Orbasán gallardo,
te tocan sus riquezas: sean tu dote
tu recompensa.

Cat. Todos lo firmamos.
Viva opulento en una Corte odiosa
Tancrédo, y logre su valor aplausos.
Nada que pretender aqui le quede.
Pues eligiendo à un déspota por amo,
renunció toda accion à nuestros muros.
Pierda toda esperanza, y à un esclavo
de los Cesares nunca se permita
poseér nada entre republicanos.
Coluna es Orbasán de nuestras leyes;
y quanto hace por él oy el estado
que en sus hombros sustenta, es mui debido.
Dixe mi parecer.

Arg. Ya le declaro
esposo de Amenaida. Amor la tengo.
Mas no quisiera despojar por ambos
à un huerfano forzado de mi voto.
Bien lo sabeis.

Lor. Culpais quizá al Senado?

Arg. No: el rigor aborrezco; pero siempre
en rendirme à la ley he sido exàcto,
y el comun interés he preférido.

Orb. Bienes son de la patria todos quantos
concederme intentais, y corresponde
que solo se adjudiquen à su erario.
Ni tan corta merced pretendí nunca.

Arg. Basta... Y oy mismo quede executado
este nupcial ajuste. Resplandezca
mañana el dia alegre en que esperamos
conozca Solamir no es invencible.
Solamir arrogante, ese africáno;
caudillo de unas gentes destructoras.
Ese, que siendo en todo tu adversario,
con promesas de paz quiso llamarse
mi yerno, y creyó asi dejarme honrado:
de tu competidor sal victorioso.
Alerta Caballeros. Ya mis años
me privan de la gloria de regiros.
Y pues fiais tan superior encargo
à mi yerno Orbasán, seguir me toca
en mi vegéz vuestros heroicos pasos.
Estar donde vosotros, es mi anhélo.
Mi corazon espiritus vizarros
de nuevo adquirirá: serán mis ojos
fieles testigos de ese esfuerzo raro.
Y espero os habrán visto vencedores,
quando la parca atróz llegue à cerrarlos.

Lor. A vuestra orden, Señor, combatirémos,
seguros de alcanzar inclito lauro:
Pues la gloria del triunfo nos aguarda,
ò la de dar la vida à vuestro lado.

Vanse los Caballeros.

SCENA II.

Argiro y Orbasàn.

Arg. Soi valiente Orbasán, por fin tu padre.
Depusiste el rencor de tus agravios?
hallaré afectos de hijo en ese pecho?
con tu amistad podré contar acaso?

Orb. Argiro, lo repito. Amo à la patria.
Ella nos reconcilia, y oy a entrambos
el parentesco y la razon nos une.

Nunca hubiera tenido efecto el lazo
que reciprocamente nos eſtrecha,
ſi en ti, Señor, no hubieſe yo eſtimado
la virtud à peſar de enemiſtades,
que oxalá borre el tiempo de ſus faſtos.
Amor podrá añadir ſus eslabònes
à mi nueva cadena. Mas tan alto
himenèo no debe ſer reſulta
del ardór de un inſtante, q̃ engendrando
indiferencia, y aun à veces odio,
en otro inſtante ſe verá apagado.
Aqueſte pecho que la patria incita
adquirir fama en los marciales campos
no acierta à ſuſpirar entre zozobras.
Con mi conſorcio intento ſerte grato.
Unir qual convenia nueſtras caſas,
reſtablecer el luſtre del eſtado.
Volver por tu interes y por el mio.
Fruſtra ſu hechizo el amoroſo encanto,
quando intervienen tan ſupremos fines.
Amor podrá eſmerarſe en ſus regalos,
mas calle aqui al eſtruendo de las armas.

Arg. Eſa entereza militar alabo:
pero lo ingenuo agrada, no lo aduſto.
Tu conſorte con finos agaſajos,
eſpero aplaque eſe animo terrible.
No baſta ſer guerrero. El ſuave trato
realza las virtudes, y conviene
al valor. Amenaida, alla en Bizancio
criada en nueſtros tiempos borraſcoſos
fue por ſu madre deſde tiernos años:
y bien conocerás, que acoſtumbrada
à modáles y eſtilo corteſano,
aſuſtarſe pudiera, ſi al principio
de ti ſe vieſe recibida acaſo
con feròz ceño y rigida eſtrañeza.
Tratala con blandura, con alhago.
Y perdona, Orbáſan, eſtos conſejos,
como q̃ ſon de un padre y de un anciano.

Orb. Tu eres quien debes perdonar mi dura
condicion. En los reales me criaron
lexos de la ficcion y la apariencia.
Poſpuſe aquel inutil aparato
de urbanidades falſas, aquel arte
de adular y los uſos de Palacio,
à la virtud ſevera de coſtumbres
Republicanas; pero cuna y grado
ſé reſpetar en un amable objeto,
que te ha debido el ſer. Y me preparo
à merecer ſu amor con mis caricias:
à eſtarte ſiempre en ella contemplando:
à honrar con ella mi perſona propria.

Arg. deſpues de haber mirado ácia el foro.

Arg. Aqui viene obediente à mi mandato.

SCENA III.

Argiro, Orbaſàn y Amenaida.

Arg. La dicha de la patria, los ardientes
votos de Siracuſa congregados,
tu padre, el Cielo eſpoſo te deſtinan,
ſin que haya eſcuſa que alegar à tantos
preceptos reunidos. Eſte noble
Caballero, que ſe ha reconciliado
conmigo, para gloria de la patria,
acaba de admitir de mi tu mano.
Ya ſu nombre, ſu claſe y fama ſabes.
En Siracuſa poderoſo, el mando
del exercito tiene. Los derechos
de Tancrédo, que en él oy ſubrogamos.

Ame. De Tancrédo! *ap.*

Arg. Es lo menos que realza
el eſplandor de eſte nupcial contrario.

Orb. Grande honra de él, Argiro, me reſulta.
Y la amable preſencia de eſe raro
prodigio de bellèza en mi alma añade
quilates al valòr del bien que alcanzo.
Logre yo mereciendo tu aſiſtencia,
y el ſi à que aſpiro del hermoſo labio,
coronar nueſtras mutuas eſperanzas.

Ame. Padre, bien ſé la parte q̃ has tomado
ſiempre en mis males. Sé que ſolicitas
mi dicha en todo. Aſi lo eſtás moſtrando
en darme por eſpoſo un Héroe iluſtre.
Y apenas las diſcordias que inquietaron
tus importantes dias, terminadas
por tu cordura en fin à ver llegamos,
quieres que tu hija digna prenda ſea
de union de que dimanan bienes tantos.
Mas, ó Orbáſan, permite que Amenaida
opreſa deſde niña por los hados,
y ahora con la nueva que recibe;
confuſa y entregada al ſobreſalto
que es juſto la ocaſione, ſe retire
al ſeno de ſu padre un breve rato.

Orb. Aſi, Señora, correſponde. Y lexos
de

de mostrarse Orbasán jamás contrario
de afectos tales, dignos de su aprecio;
si osase distraerte de cuidado
tan legitimo, juzga abusaria
del derecho de esposo: mis soldados
dejo en campaña, á acaudillarlos vuelvo.
No basta el logro de esa bella mano.
Merecerla es preciso. La victoria
merecedor me hará. A coger sus lauros
va mi valór al punto, y en las fiestas
de nuestra boda serviràn de ornato. *va.*

SCENA IV.

Argiro y Amenaida.

Arg. Lacrimosos los ojos, y turbada
apartas de mi el rostro con espanto!
tus suspiros me ofenden, y acreditan
que es mui dificil obedezca el labio,
si el corazon repugna.
Ame. En mi conflicto,
es fuerza confesarse, que no alcanzo
como despues de tan tenáz discordia,
tú y Orbasán seais de un mismo vando.
¿Quien me dijera à mi que yo debia
uniros à las dos, y que en mis brazos
veria al enemigo de mi padre?
jamás olvidaré que profanaron
nuestra casa las guerras intestinas,
que huyendo del peligro à bien lejano
suelo; tuvo mi madre que ausentarse;
que còn ella privada de tu amparo,
viví yo mucho tiempo, padeciendo
sus tristes infortunios en Bizancio.
La adversidad probé desde la cuna.
Errante con mi madre y à su lado,
destierro y proscripcion padecer supe:
supe tambien sobrellevar el vano
acogimiento de una altiva Corte.
Supe disimular hasta el engaño
de fingida piedad, peor que el desprecio.
Noblemente exaltada entre los varios
reveses de una suerte tan humilde,
perdi à mi madre; y entregada al llanto
me hallé en el mundo sola, sin abrigo,
qual debil caña en descubierto campo.
Trocóse tu destino. Siracusa
perturbada con nuevos sobresaltos,
te vuelve tus riquezas, tus honores;
y confiriendo á tu pericia el mando
de sus armas, consigue finalmente
echar de su recinto à los tiranos.
Restituida ya al paterno seno,
del qual me habian antes desterrado
las desgracias; preveo que à mi vuelta
han de asaltarme en èl mayores daños.
Mi padre enciende el hacha de himenéo,
y el fin conque la enciende bien alcanzo.
Victima fui, Señor, de tu enemigo.
Tambien à serlo tuya vengo al cabo.
Y quizá será oi de nuestros dias,
el dia mas terrible, el mas infausto.
Arg. Antes bien será prospero, no temas.
Yo te quiero, y tu gloria está à mi cargo.
Debo vengar la afrenta y grave injuria
que Solamir me hizo, quando en cambio
de la paz que ofrecia, à proponerme
le admitiese por yerno llegó osado.
Oy te destino al héroe, que dirige
à triunfar de él sus animosos pasos:
al mas grande de todos los caudillos:
à quien nuestra defensa ha armado el brazo:
mi emulo en otro tiempo; ya mi apoyo.
Ame. Qué apoyo! de q̃ alabes tu me espanto
su elevada fortuna; mas humilde
la quisiera mi pecho moderado.
Quisiera yo que un héroe tan altivo
y poderoso, à la inocencia ufano
no despojase para engrandecerse.
Arg. Oy el consejo riguroso y sabio
en Tancredo castiga à una estrangera
estirpe, que abusó por tiempo largo
de su poder... Bien sabes q̃ son muchos
sus enemigos.
Ame. Padre, ò yo me engaño,
ò aun aman à Tancredo en Siracusa.
Arg. Sus heroicas empresas admirámos.
Dicen que ha reducido ya la Yliria:
pero quanto mas èl milite baxo
las aguilas Cesareas, menos debe
confiar en volver al suelo patrio.
Para siempre un decréto le destierra.
Ame. Tancrédo para siempre desterrado!
Arg. Temida es su presencia en Siracusa.
Y baste le hayais visto allá en Bizancio;
pa-

para que ſepas que es nueſtro enemigo.
Ame. No le creia tal. Bien al contrario
vencedor de los Moros le juzgaba
mi Madre, y de la Patria firmé amparo.
Y quándo à ſugeſtiones ambiciosas
de ese Orbásan, infieles Ciudadanos
te oprimieron quitandote tus bienes;
por ti hubiera mil muertes arroſtrado
Tancrëdo. Eſto ſeñor no màs, ſabia.
Arg. Baſta Amenaida: ſigue ſin retardo
el dictamen de un Padre, y conſidéra
la ſituacion, los tiempos en q̃ eſtamos.
Aqui ſe mira yà con igual òdio
á Tancrèdo, à la Corte de Bizancio,
yà Solamir. Si quieres, hija mia,
ſer dichosa, obedece. Sesenta años
por el eſtado combati animoſo.
Injuſto le ſervi, le amè aunque ingrato.
Aſi penſar hàſta morir me toca:
mis afectos imita. Antes que el plazo
de mis dias ſe cumpla, dá à eſtas canas
eſte consuelo que de ti esperaron.
Cerca eſtá de ſu termino mi vida.
Siga la tuya mis honrosos pasos:
vive dichosa, y morirè contento.
Ame. Padre mio; de dicha no hables tanto.
No echo yò mènos la Cesarea Corte:
Mi corazon y vida te he entregado.
Pero te ruego que por breves dias
no dispongas de mi. Señor, repàro
que á Orbaſan te ſugetas mucho: juzgas
eterno ſu poder? ſu ruina aguardo:
todo muda, y quizà fuera de tiempo
ſe creè yà tu yerno y mi tirano.
Arg. Que es eſto? di.
Ame. Mi ingenuidad conozco
te ofende, y te parece desacàto.
Respetado mi ſexo allá en las cortes,
caſi en vueſtra Republica es esclavo:
aqui muda obediencia le prescriben,
ſi cultos le tributan en Bizancio.
Los Muſulmanes con prolixo yugo,
traſtornando à Sicilia, deſterraron
ſus coſtumbres ſuaves. Mas quien puede
tu paterna bondad haber mudado?
Arg. Tu ſola, tu; que tanto abusas de ella.
Absorto de quanto óigo de tu labio,
dilacion te permito, no repulsa.
Nadie podrá romper èſte contráto.
Mi palabra eſtá dada. Y echo indigno
ſerá faltar á ella. Ynfeliz aſtro
me domina! en creérlo aſi no erraſte.
Jamás deſeos mios ſe lograron:
ni hè vivido un inſtante ſin tormentá.
Ceſad, ó melancolicos preſagios!
y ſuerte mas benigna que ſu Padre,
tenga la hija con el nuevo lazo.

SCENA V.

Amenaida ſola:

Ame. Tancredo, dulce amante! qué! perjura
te habia de ſer yo por tu adverſario,
y mas cruel que el mismo! yo vilmente
con tu opresór tu herencia desfrutando,
habia de :::

SCENA VI.

Amenaida. Fania.

Ame. Ven ven, querida Fania.
Escucha de mi vida el poſtrer fallo.
Por esposo à Orbaſan me dà mi padre!
Fa. Sè què debe coſtarte gran quebranto
obedecer. Conozco la firmeza
de tus afectos, y ſu digno blanco.
¿Que rigores la ſuerte, que atractivos
tuvo jamàs la Corte, que tus paſos
de la ſenda escogida desviasen?
tu pecho diſte, y para ſiempre dado.
Tancredo y Solamir ſecretamente
tu beldad à porfia idolatraron.
Pero el que juſtamente diſtinguiſte,
y mereció tu inclinacion por lauro,
el que en Conſtantinopla preferido
fue de ti à Solamir; al mismo paſo
oi lo ſerà à Orbaſan en Siracusa.
Eres conſtante...
Ame. Qué?
puedes dudarlo?..
de bienes priban, con deſtierro ultrajan
à Tancrédo. Que no es en héroes raro
un injuſto deſtino: ya conozco
q̃ el mio es de adornarle en maior grado.
Echandoſe eſtá menos ſu preſencia.
El pueblo le ama; y...

En

Fan. En sus tiernos años
expulso de la patria, los amigos
de su olvidado padre; abandonaron
bien presto al hijo à su contraria estrella.
En tanta ausencia tu firmeza estraño.
Solo el proprio interés tienen los grandes
por fixo norte. El pueblo es mas humáno.

Ame. Y mas justo tambien.

Fan. Mas yace opreso;
y no se atreven nuestros partidarios
à hablar por un proscrito; temerosos
del poder absoluto del Senado.

Ame. Si. Grande es su poder; quando está ausente
Tancrédo.

Fan. Todavia yo, si acaso
tan lejos no estubiese, esperaria...

Amenaida à Fania.

Ame. Amiga, sabe pues, sabe el arcáno:
de ti me fio. Cerca está mi amante.
Y pues indignamente acumulando
tiranias, pretenden alejarme;
aparezcase, y llenélos de pasmo.
Tancrédo está en Mecina.

Fan. Y es posible,
qué à su vista te dén à su adversario?

Ame. No temas que de èl sea: un dueño mismo,
tendrán oy Amenaida y sus tiranos.
Vén, te lo diré todo. Nada temo.
A romper tan vil yugo me preparo,
que solo el nombre de Tancrédo anima
mi flaqueza. Delito el mas vastardo
seria desistir de sus impulsos.
Baxéza obedecer à sus contrarios.
Si viene aqui mi amante, por mi viene;
que no lo desmerezco. Y entregando
como timida esclava mi persona
que es de él unicamente à su tirano,
yo victima inocente, ¿trocaria
una infidelidad en méro acto
de obligacion? ó Fania! à nuestro sexo
inspira amor aliento extraordinario:
A mi me toca acelerar la vuelta
dichosa de Tancrédo: ni me espanto
de peligro ninguno, porque todos
naciendo del amor me serán gratos.

ACTO II.

SCENA I.

Amenaida sola.

Ame. A donde voi?.. de que me aterrorizo?...
de que agitada?... yo remordimientos!...
Solo el delito debe ocasionarlos.
Justa es mi causa, protegedla, Cielos!
Nada hay que tema... *A Fania que sale.*
Estoi obedecida?

Fan. Tu carta dí al esclavo, y partió luego.

Ame. Bien sé pende oy mi vida de su lengua;
mas siempre me ha servido con fiel zelo.
Todo asi à un infeliz suele deberse:
aqui nació, de un Musulman es nieto;
ambos idiomas, ambas leyes sabe.
Conoce el campo de los Sarracénos
y las sendas reconditas del Etna,
cambiarán mis destinos por su medio.
El descubrió que ocultamente estaba
en Sicilia de vuelta ya Tancrédo.
Mas temeroso de perjudicarle,
si emprendiese ir à verle, con acierto
juzgó debia solo darme aviso.
Mi carta à un moro entregará, y espero
llegue à Mecina antes q̃ rompa el alva.
Las urgencias de Moros y de Griegos
han mantenido en tan prolixa guerra
un trato mutuo indispensable entre ellos.
Naturaleza asi à los hombres une.

Fan. Peligrosa es la empresa: pero el riesgo
juzgo menor, pues omitir supiste
cuerda en tu carta el nombre de Tancrédo.
Aquel temido nombre, al qual se postran
los demás nombres todos, q̃ con tedio
nuestros tiranos oyen; aquel nombre
que dulcemenre amor grabó en tu pecho.
Mas si en tu idéa siempre está, has sabido
al escribir callarle por lo menos.
Y aunque lleven tu carta al campo Moro,
nada colegirán de su contexto.
Jamás procedió Amór con tal prudencia.

Jamás vistió tan misterioso velo,
ni sin temeridad fué tan osado;
mas con todo algun mal estoi temiendo.

Ame. Dios hasta aqui parece me protexe.
Y he de temér enviandome à Tancredo?

Fan. En otra parte su piedad os junte:
el odio, el interés de furor ciego
contra él están armados. No se atreven
à romper sus parciales el silencio.
¿Quien sostendrá su causa?

Ame. Quien? su gloria.
Un héroe perseguido con su aspecto
gana los corazones; y su vista
enciende en todos vengativo fuego.

Fan. Si; pero su adversario es mui temible.

Ame. Desecha ya el terror y el vano empeño
de infundirmele. Acuerdate que à entrambos
mi madre nos unió quando el aliento
iba à faltarla. Que Tancrédo es mio.
Que no hai contraria ley q̃ en los deséos
ni en los afectos de los dos arbitre.
La larga ausencia de este infausto suelo
llorabamos, y allá desde los muros
Césareos à pesar de su embeléso,
tristemente volviamos los ojos
à estos amados campos que oy detesto.
¡Que agena estaba yo, de que la suerte
al tirano opresor de mi Tancrédo
llegaba à destinarme por esposo!
¡qué agena de que en dote en algun tiempo
me ofrecia los bienes de mi amante,
el mismo usurpador de todos ellos!
sepa aquel la injusticia, y de mi boca
sepa su perdicion y mi tormento.
Venga y no tarde à defendér su causa.
Para vengar à un héroe, quanto debo
oy executo, y aun si mas pudiese,
mas hária: à mi padre adóro y temo,
respetando su edad; pero quisiera
armár contra Orbásan todo este reino
que el tiraniza con estilo impropio
de valiente y de noble Caballero.
Aspira codicioso à ilustre nombre.
Aspira à protector de un pueblo esénto.
Mi infamia el inhumano determina,
y mi padre la admite y la echa el sello.
Consentirla podré? ¿podré entregarme
à un tirano, que piensa que su lecho
dá honór à mi persona? Siracusa
huye la tirania. Pero entiendo
que la mayor es la que exerce ahora
intentando se rindan à su Imperio
el odio y el amor, la que pretende
en un dia, trocar nuestros afectos...
decidalo la suerte.

Fan. Discurria
que estabas recelosa.

Ame. No rezelo.

Fan. Contra Tancrédo oy dicen se promulga
una dura sentencia. Que se ha impuesto
al transgresor la pena de la vida.

Ame. Ya lo sé; y al principio sintió el pecho
el mayor sobresalto. ¡Mas que debil
es el amor que se detiene en riesgos!
y pues à un héroe intrepido idolatro,
por mi parte me toca tambien serlo.

Fan. Podrá extenderse à ti ley tan sevéra?
me persuado no lleve mas objeto
que amedrentar el vulgo. Pues...

Ame. Con todo;
es ley contra mi amante y la condeno.
En fin dictada por los q̃ oy nos mandan.
No asi los valerosos Caballeros
sus ascendientes inclitos ganaron
en Italia las almas y los Reynos.
Su lisúra en el trato era estimada.
Temiase el rigor de sus azeros.
Nunca abrigaron las sospechas viles,
y el pundonór con vinculos estrechos
à tan grandes caudillos reùnia,
encaminando todos sus rezélos
al comun enemigo. Los vasallos
gustosos de servir à tales dueños,
peleaban valientes por su gloria,
y por la propria libertad à un tiempo.
Asi humillan al Griego, al Moro vencen.
Mas ya un Senado sospechoso vemos
que respira venganza, que es odiado,
y que hasta de si mismo tiene miedo.
Posible es q̃ la llama que me enciende,
me deslumbre tambien. Pero Tancrédo
solo

solo me agrada, y quanto de el no sea,
aborrecible me parece: el resto
de los mortales para mi no existe.
El eco de su nombre me dá aliento.
Solo enojo me inspiran sus contrarios.
Y la suerte propicia.!. Mas que veo?
Fania, no adviertes.. que será?...

Fan. Lo ignoro.

SCENA II.

Argiro: Los Caballeros, en lo retirado del foro: Amenaida, Fania, delante del teatro.

Argiro y Amenaida.

Arg. Retirate de aqui,
Ame. Tu, ese precepto!
que, Señor.. Padre...
Arg. Ya no eres mi hija.
Huye de mi à esperar el justo premio
de tus ocultas iras. Alevosa!
tu apresuras mi muerte. Vete lexos.
Otra mano sabrá cerrar mis ojos.
Ame. Qué angustia! à donde estoi! tenme
que muero.

Ayudala Fania, à retirarse; sosteniendola.

SCENA III.

Argiro y los Caballeros.

Arg. A vosotros, Señores, corresponde
tomar resolucion en tal delito.
Bien conozco la injuria que se ha echo
al estado, à vosotros; mas vacilo
entre la ley y el tierno amor de padre.
Y no pretenderéis que yo aflixido,
una tambien mi voto à lo que os dicte
la justa indignacion. ¡Cruel martirio!
no creo que Amenaida este inocente:
mas tampoco querreis firme yo mismo
con su muerte mi oprobrio. Ni cabria
en mi este riguroso sacrificio,
tan repugnante à la piedad paterna.
Lor. Todos, Señor, de ti compadecidos,
tememos renovar tu sentimiento.
Pero en tus manos proprias has tenido
la carta que llevaba à los reales
de Solamir con fines tan iniquos,
aquel esclavo: alli yà descubierto,
murió por no entregarla; y sus designios
bien se manifestaron: Siracusa
perdida estaba ya: nuestro peligro
y el juramento echo no nos dejan
para usar de indulgencia algun arbitrio.
La lei es sorda à la afliccion de un padre.
Habla el estado, y todos nos rendimos.
Arg. Ya os entiendo. Ya veo lo que espera
à Amenaida infeliz. Mas solo os digo
que era hija mia, y que está aqui su esposo.
A vosotros recurro en tal conflicto.
Y lleno todo el pecho de amargura,
à morir antes que ella me retiro. *vase.*

SCENA IV.

Los Caballeros.

Cat. La orden de prenderla ya está dada.
Lastima causa vér tan gran nobleza
gracia, atractivo y tan tiernos años.
Las esperanzas y la union perpetua
de dos ilustres casas en la tumba
por siempre sepultadas con afrenta.
La religon, la fé del himenéo
pronuncian inflexibles la sentencia.
Y es debida à la patria està venganza.
Llamar la infiel à un Estrangero! Grecia
y Sicilia tubieron individuos,
que à pesar de la gloria, y de la excelsa
calidad de christianos, se apartaron
de nuestras leyes con infamia eterna,
por esos Musulmanes vencedores
en todas partes, y que en todas ellas
nuestros tiranos son.
Mas que Amenaida, *A Orbasan.*
hija de un Caballero de alta esfera,
quando iba à ser tu esposa, y dirigia
los pasos al Altar, médite empresa
tan arrojada?... Siracusa, os pide,
Señores, la venganza mas tremenda.
Lor. Siento decirlo: mas su muerte es justa.
El lustre mismo de su estirpe aféa
su culpa mucho mas. ¿Hay quien ignore
lo que ambicioso Solamir intenta?
su amór, ni sus designios temerarios?
¿à quien se oculta la sagáz destreza

con que engaña halagueño? aquella astucia
que ojos deslumbra y animos sugeta?
Amenaida esta carta le escribia:
Reinar en Siracusa ! Manifiesta
se vé la trama en solo estas palabras.
Lo demás permitid que no lo lea:
por honra de Orbasan rubor inspira.
Qué Caballero habrá que salir quiera
segun la antigua usanza à hacer alarde
de su valor en tan marcial palestra
para justificar à esa infelize
exponiendo su gloria à contingencias?

Cat. Noble amigo , tu injuria conocemos
qual tu proprio: borremosla en la guerra.
Un crimen grande rompe las coyundas
de himenéo: destierra de tu idéa
à esa falsa muger , cuyo castigo
no te ofende Orbasan , antes te venga:

Orb. Si agravio no, consternacion me causa.
Mas quien viene? ella es: la llevan presa
à la obscura mansion de los malvados!
ah! que sonrrojo!. que furor!.. que ofensa!
dejadme hablarla.

SCENA V.

Los Caballeros delante del teatro.
Amenaida, en lo retirado del foro, rodeada de Soldados.

Ame. ¡O Dios omnipotente !
A Amenaida no niegues tu asistencia
en este trance. Sabes el objeto
de mis deseos ; sabes la puréza
de mi intencion. Tan grave es mi delito!

Catán à Orbasan.

Cat. Hablar con esa infiel! aun quieres verla!

Orb. Si , Catán.

Catán à los Caballeros.

Cat. Vamos pues.
Pero no olvides, *Y luego à Orbasán.*
que las leyes , honor y Altares quedan
altamente ofendidos. Que la patria
pide , aunque con dolór q̃ se la ofrezca
una victima.

Orb. à Cat. Nada , nada olvido.
Soldados , idos ya de mi presencia.

A los Soldados.

SCENA VI.

Amenaida y Orbasán.

Ame. A qué te arrojas? dí , ¿insultar pretendes
arrogante , mis horas limitadas ?

Orb. No se abate mi orgullo à tal exceso:
mi mano te ofrecí ; y quizà dictada
fue entonces por amor, mi eleccion misma
dudo si aun en mi pecho arde su llama;
ò si mi indignacion la habrá extinguido.
Mas no sufriré yo: lo que me agravia.
Creér no puedo que à Orbasan prefieras
un caudillo enemigo de la patria,
un Musulman , un barbaro: tal crimen
es muy absurdo, y no, no cabe en tu alma.
Por ti , por el estado , por mi gloria
cierro los ojos , y no creo nada.
Siracusa me cree esposo tuyo.
En ti respeto mi persona ; y basta.
Mi gloria está ofendida ; y su defensa
quiero emprender: las nobles leyes mandan
à todo Caballero estos combates,
depositando el Cielo en nuestra espada
su irrevocable juicio. Ella decide
la inocencia: à vegar iré tu fama.

Ame. Quien ?

Orb. Yo mismo: confiado me prometo
que despues de una empresa que realza
mi honór y timbres , sepa merecerme
ese tu corazon que me tocaba.
Y escuso averiguar si algun contrario
ò algun competidor llegò, Amenaida,
à seducirte el animo sencillo.
Y si acaso hás tenido repugnancia
ò poca inclinacion à ser mi esposa;
en pechos bien nacidos siempre alcanzan
los beneficios triunfo , y las virtudes
en quien siente el desliz aun mas se arraigan.
Tu credito y el mio pondré en salvo.
Pero pretendo como justa paga,
ya se crea altivéz, ò amor se crea,
me dés tu misma ahora una palabra.

No

No de aquellas que dicta el predominio,
y que pronuncia à veces en las aras,
mas que la voluntad, el temor debil.
Hablame sin recelo, sin falacia.
Mi pecho te descubro. Este es mi brazo
armado en tu defensa: por tu causa
quizá pereceré; pero antes sepa
que de ti soy querido.

Ame. Deslumbrada,
y à apenas vuelta en mi, el horrendo abismo
donde me arrojó el hado contemplaba,
quando, Señor, tu oferta generosa
que esperar no debia quien te habla,
colmando la medida à tantos males,
me impele ya al sepulcro, que à mis plantas
se ofrece abierto... A serte agradecida
oy, Orbasan, precisas à Amenaida.
Y proxima al suplicio que la espera,
que te estima tan solo te declara.
Ya es fuerza me conozcas; no, no dudes
que mi pecho te ofende. Pero en nada
he faltado à mi patria, ni à mi gloria,
ni te he faltado à ti pues que palabra
de ser tuya no oiste de mi labio.
Nunca te he sido infiel, aunque si ingrata.
Este es mi crimen y ni puedo amarte,
ni con tal condicion admitir salgas
à batallar por mi: se la dureza
de vuestras leyes, de la ley tirana
que à morir me sentencia: no blasono
de ver tranquilamente que preparan
mi espantoso patibulo; antes siento
perder la vida, que me fué tan cara.
Lloro mi muerte, y lloro por mi padre.
Ni abatimientos, ni pavores bastan
à que finxa contigo... Soi ingenua.
Y si en esto juzgares que mi alma
delinque contra ti, mayor seria
su culpa, no lo dudes; si olvidada
de lo que à si se debe; prometiera
ser de Orbasan: perdona si Amenaida
en fin pronuncia que aceptar no puede
ni tu mano de esposo, ni tus armas.
Castiga pues, Señor, esta franqueza,
tomando como puedes la venganza.

Orb. Solo à vengar, Señora, me reduzco
à Siracusa, à despreciar la audacia,
el desden altanéro, y à olvidarle.
Mi brazo en tu defensa se empeñaba.
Con mi gloria cumplí, cumplí contigo.
Ya solo soy un Juez, que en la observancia
de la ley inflexible qual es ella,
no debe dár à sentimiento ò saña
propria oidos parciales, ni me digno
de averiguarle à ese misterio el alma.
Opongo à tu esquivez todo el desprecio.
Y sin ira dexandote embriagada
de ese tenáz error, solo me toca
vencer à Solamir. Vengar mi patria.

SCENA VII.

Amenaida y Fania.

Ame. ¿Con que debo morir de muerte infame?
¡creyendo están que à Solamir he dado
mi corazon..! Oh! ¡tu que mereciste
el unico mi fé entre los humanos!
òh! tu, que eres objeto de su envidia,
idolatrada causa de mi llanto!
por ti voi à morir, y no me pesa.
¿Pero como resisto ese aparato?
La plebe que se junta, esos verdugos?
ah! muerte vergonzosa! que desmayo
me yela el pecho, al proferir tu nombre:
mas vergonzosa sin razon te llamo;
que en morir por Tancredo no hai verguenza.
La vida pierda yo en un cadalso,
como no se gradué de castigo.
Patria y padre me acusan de infiel trato:
porque intenté servir à padre y patria,
denigrarme, extinguirme quieren ambos.
Y à favor suyo, solo à su inocencia
tendrá Amenaida en trance tan amargo.
Mas ò Tancredo, que dolor te aguarda!
Fania mia; ¿es posible que mis hados
el consuelo me dan de que te vea?
amiga, presto va à cumplirse el plazo
de mi vida.

Fania, besandola la mano.

Fan. Primero muera Fania!

Ame. Pero que! ......
ácia esta parte van llegando
los fieros monstruos... Quando al héroe vieres
por quien la vida perderé, te encargo
le dediques mis ultimos afectos,
y tierna despedida. Por su mano
será quizá vengada quien le adora.
Hoy moriré por él... Que mayor lauro?

ACTO III.

SCENA I.

Tancrèdo acompañado de dos Escuderos que traen su lanza, su escudo, &c. Aldamòn, Soldado.

Tanc. Oh patria, amor de todo noble pecho!
en Siracusa estoi: mi alma se goza:
Aldamón, fiel amigo de mi padre,
Aldamón por quien logro verme ahora
en este suelo en fin; que alegre dia!
si infeliz fué mi suerte, ya es dichosa:
mas te debo que digo, ni que piensas.
Ald. Mucho ensalzas; Tancredo, accion tan corta.
Solo soy un Soldado, un buen patricio.
Tanc. Soldado soi tambien, y los patriotas
siempre debén tenerse por hermanos:
eres mi igual.
Ald. Dos años las penosas
armas segui à tu mando en el Oriente,
y alli, Señor, te vi exceder en gloria
à quanto acumularon tus mayores.
Tus altos echos, tu virtud héroica
desde cerca admiré. Citar no puede
mi humildad otro merito; y te consta
que me crié en tu casa, y que fiel debo...
Tanc. Ser mi amigo Aldamón, y no otra cosa.
Que! estas son las murallas que pensaba
yo defender! murallas venturosas
à quien mi tierno amor respetó siempre,
en que hallé cuna, y que de si me arrojan
con proscripcion perpetua!... ¿en q̃ parage
vive Amenaida? dime.
Ald. Donde mora
su padre, alli en aquel Palacio antiguo
no lejos de esta plaza: despues nota
el eminente alcazar, en que siempre
este altivo Senado se convoca,
compuesto de Caudillos, que la patria
valientes sirven, y sus leyes forman,
y que lograràn sujetar al Moro,
si del apoyo cuya suerza ignoran
no se hubiesen privado. Los escudos,
las cifras, las divisas que pregonan
sus empresas, sus inclitas hazañas;
alli con marcial gala se colocan.
Pero entre tantos nombres, echo menos
Señor, el tuyo heroico.
Tanc. Oculto corra,
pues aqui le persiguen; que bastante
le celebra quizá nacion remota.
Y vosotros colgad ahi esas cifras;
A sus Escuderos.
pero borrenlas antes negras sombras.
No irriten mas la furia de los vandos.
A las paredes aplicad sin pompa
esas modestas armas, vivo emblema
del acerbo dolor que me acongoja.
Colocad ese escudo, y casco humilde.

Cuelgan los Escuderos las armas de Tancrèdo en los huecos vacios; entre los demás trofeos.

Mi divisa guardad, que corrobora
mi esfuerzo en los conflictos de la guerra.
Esa divisa energica preciosa,
norte de mi esperanza y de mis pasos,
con respetos profierala mi boca,
amor y honór. Si algunos Caballeros
vienen aqui, decid que una persona
que quiere estar incognita ha llegado
à esta Ciudad, à impulsos de su gloria,
con ansia de seguirlos en la guerra,
y de llevar à su valór por norma.
Amigo, ¿quien los manda? *à Aldamon.*
Ald. Por tres años
obtubo el mando (bien hazes memoria)
el noble Argiro.
Tanc. El padre de Amenaida! *ap.*
padre de aquella que mi pecho adora!
Ald. Avasallale un tiempo aquel partido,
cuyo imperio tenemos, despues cobra
su

ſu poder, y por nombre, honor y ſangre
le reſpetan ; mas ya la edad le poſtra:
ſucedele Orbaſan.

Tanc. Orbaſan, Cielos !
por ſu Caudillo Siracuſa nombra
à mi opreſor, à mi mayor contrario!...
nada me calles ¿Porque no me informas
de eſas voces ? ¿es cierto que inſolente,
ſobrecogiendo à un padre debil logra
que le admita à ſu alianza, y le conceda
à la bella Amenaida por eſpoſa?
cómo à tal ſe atreviò? como a mirarla?

Ald. Algo ayer entreoí de aqueſta boda.
Lexos de la Ciudad, en aquel fuerte
à donde te alojé, vivo con honra
entregado à mi empleo, y te aſeguro
q̃ quanto paſa aqui, Aldamon lo ignora.
Pues como en Siracuſa te perſiguen
le ſon ella y ſus nuevas ſiempre odioſas.

Tanc. Fiel amigo, eſte pecho te deſcubro:
vete velóz donde Amenaida mora:
dila pues q̃ hai de oculto un Caballero,
que anſioſo ſolicita verla à ſolas,
como afecto à ſu madre en la edad tierna,
y adicto à ſu familia. Dí que importa
eſencialmente à ſu elevada eſtirpe,
à ſus proſperidades, à ſu gloria
que la hable de un aſunto.

Ald. Libre entrada
tengo ſiempre en ſu caſa, y con gozoſas
mueſtras ofrecen, tratan y acarician
à los que aun, Tancredo, aqui blaſonan
de ſeguir tu partido. ¡O ſi la ſangre
de los franceſes à la noble propria
hubieſe aliado en firme union Argiro!
mas cumplir tu mandato ya me toca.
Y qualquiera que en ello tu fin ſea,
el exito te anuncio deſde ahora. *vaſe.*

SCENA II.

Tancredo y los Eſcuderos en el foro.

Tanc. Favorable ſerá: y el Cielo miſmo
que à los pies de Amenaida me conduce,
y que proteje ſiempre al amor puro,
al puro honòr ; el Cielo (cuyas luces
por las tiendas del Moro me guiaron)
entre mis enemigos, aun influye
en mi cauſa benefico. Amenaida
me ama, y me deſtierra ya las denſas nubes
que eſte animo doliente obſcurecian.
Y à la verdad ſolo por ella pude
dejando à Yliria y los ceſaréos reales,
volver al natal ſeno, al ſeno dulze
de mi tirana patria, que no hai coſa
en mi afliccion que el alma aſi me ocupe,
ſi exceptuo à Amenaida. Qué! ¡es poſible
q̃ el padre quando llego yo, me uſurpe
la mano que idolatro, y que la hija
con traicion inaudita aſi me injurie!
¿quien es eſe Orbaſan? eſe atrevido?
quales ſon ſus hazañas? quien le infunde
aliento de aſpirar al alto premio
q̃ compete al valor de un heroe iluſtre?
premio que à mi alomenos ſe me debe
por derecho de amor: ah! no, no dude
que antes podrá privarme de la vida,
que de eſta prenda. El corazon diſcurre
que aun deſpues de mi muerte, el de Amenaida
me ſerá fiel. Aſi mi amor lo arguye
del que la debo, y con razon ſe crea
q̃ quanto ella me amó, yo amarla ſupe.

SCENA III.

Tancrédo y Aldemon.

Tanc. Afortunado amigo, que la has viſto?
conduceme à ſus pies.

Ald. Ah! no procures,
Señor, tal coſa. La mayor deſgracia...

Tanc. Que dices Aldamon? ¿porque te cubres
el roſtro ? lloras !

Ald. De eſa infauſta orilla,
preſto, Señor, y para ſiempre huye.
Que yo (aunque humilde) eſtár aqui no puedo
deſpues de las maldades que produce
el terreno que piſo.

Tanc. Como ? donde...

Ald. Con eſe esfuerzo à otro paraje acude.
En las ceſareas tiendas oy la gloria
te eſtá aguardando: aqui ya no la buſques,

Ve-

Vete, que solo infamias y desastres
en tu patria hallarás.
Tanc. ¿Que pesadumbre
intentas darme?
di: que es lo que has visto? *precipit.*
q̃ te ha dicho Amenaida?.. nada ocultes.
Ald. Tu amor conozo. Olvidala.
Tanc. Olvidarla!
Cielos!.. Venció Orbasán? á mi me excluye?
perfida! al enemigo de su padre!
à mi opresor!...
Ald. Firmó el nupcial ajuste
Argiro esta mañana, y ya la pompa
estaba preparada...
Tanc. Que esto escuche!
seré testigo de traicion?...
Ald. Tu herencia
se les ha destinado segun supe
como dote, y que tu emulo se apropria
tu patrimonio.
Tanc. Que Orbasan usurpe,
lo q̃ un heroe desprecia! accion bastarda.
Posible es que á Amenaida con el unen!
suya Amenaida!
Ald. No es solo este el rayo,
conque el Cielo, Señor, hoi te confunde.
Tnac. Acaba pues cruel: dame la muerte.
Que temes?... Habla...
Ald. A ese valòr recurre...
Quando iban à entregarla à tu enemigo,
y ya la antorcha de himeneo luce
entonces su perfidia se conoce.
Poco es te olvide, y que tu anhelo frustre.
La infi.l, Señor, à entrambos os vendia.
Tanc. Ella? por quien?
Ald. No se como pronuncie.
Que es por un estrangero, por el mismo
que oprime à la nacion, y bien discurres.
Hablo de Solamir.
Tanc. Oh fatal nombre!..
Solamir! Cielo! à mi memoria ocurre
que allá en Bizancio suspiro por ella.
Pero fué desdeñado; el triunfo obtuve.
Que?..Burlar mi esperanza el juramento!
alma tan noble, tal maldad no encubre.
La juzgo incapáz de ella.
Ald. A pesar mio,
he hablado; pero no hai quien no divulgue
este horrible secreto.
Tanc. Amigo, escucha:
no hai corazon virtuoso à quien no insulten
la impostura y la envidia: à ambas conozco.
Proscrito yo desde la infancia anduve
de desdicha en desdicha sin auxilio.
A prueba de ellas, qual diamente en yunque,
peregrinando de uno en otro estado
heroicamente mi valor discurre,
y el rencor de la envidia probé en todos.
Desde que ví del Sol las puras luzes,
à la calumnia vi exalar venenos.
Quanto tiempo acusó su lengua impune
al mismo Argiro? aun en Siracusa,
quiza las iras de aquel monstruo influyen:
de esta mortal ponzoña se alimentan
sus serpientes maleficas, que inducen
à los credulos pechos à traiciones.
Su voráz saña à quanto no recurre!
à mi costa lo se, y tambien su encono
daña à Amenaida, y à su nombre ilustre:
á hablarla voy...
Ald. Señor, detente... Es fuerza
que ya todo el veneno al vaso apures.
Del seno de su padre arrebatada,
está en prision.
Tanc. Qué dices?
Ald. Señor, huye
de esta plaza, pues à ella sacar deben
à Amenaida al suplicio.
Tanc. ¡Que esto sufre
mi valór!.. à Amenaida... Cielos! como?
Ald. De injusticia no falta quien gradue
un sacrificio tal: todos le lloran;
pero solo à llorarle se reducen.
Tanc. No creas tu que llegue á executarse
tan enorme atentado.
Ald. El Pueblo acude
al tribunal. Ya gime, y se enternece;
en denuestos è injurias ya prorrumpe
contra ella. Curioso y lastimado,

dá indicios de ansia de que se efectue
la execucion, y tumultuosamente
las cercanias de la carcel cubre.
Estraño anhelo vér á una infelice!
en breve ocupará la muchedumbre
los porticos que ahora veis vacios:
Señor, huye de aqui: mira que urge.

Tanc. ¿Pero que anciano sale de aquel templo
tan afligido? su semblante infunde
compasion y respeto. Los criados
imitan su dolor.

Ald. No, no lo dudes:
el es: el padre de Amenaida.

Tanc. Vete:
pues ignoran quien soi, quiero lo ocultes.

SCENA IV.

Argiro â un lado del teatro: Tancredo delante. Aldemon distante de èl ácia el foro.

Arg Oh Cielos! acortad mi triste vida.
Oh muerte! llega, hiere, y mas no pido...

Tan. Noble anciano, permite á un Caballero
al inferior de todos los caudillos,
que contra la Agarena media-luna
tremola su estandarte, y de divino
laurel se ciñen en divinas lides...
Yo venia... perdona al llanto mio,
que alterne con el tuyo.

Arg. Tu eres solo
quien llega á darme algun piadoso alivio.
Los demás se desvian, ó procuran
irritar mi tormento. En tal conflicto,
tu eres, Señor, quien debe perdonarme:
y pues te dignas oi de hablar conmigo,
sepa quien eres.

Tanc. Soy un forastero
que te respeta, y siente qual tu mismo.
Que sonrrojado teme preguntarte.
Que es como tu del hado perseguido.
Disimula te ruego la osadía.
Es cierto que Amenaida?..

Arg. Si, à este sitio
saldrá luego à morir.

Tanc. Es delinquente?

Arg. suspirando. Es... de su padre infamia.

Tanc. Ella, Argiro!..
Aunque de aqui distante me he criado,
la fama de su nombre esclarecido
me persuado, que si habitase el suelo
la virtud misma, por santuario digno
elegiria el pecho de Amenaida:
y oi en él la maldad ha hallado abrigo!
oh dia melancolico! oh rivéras
siempre azarosas!

Arg. Mi interior martirio
llega à su colmo: mi sepulcro se abre,
y mi alma baja con dolor mas vivo
à la obscura mansion de los difuntos;
quando contemplo que ama su delito
mi infelíz hija sinque se arrepienta.
Por esto à defenderla no ha salido
Caballero ninguno; antes su muerte
firmaron, à pesar del uso antiguo.
Que Europa, y el valor aun tiempo aplauden.
de defender en noble desafio
al debil sexo. La que fué hija mia,
presto aqui morirá, sin q̃ en su auxilio
haya guerrero que à salir se atreva.
Crece mi angustia; y en el hondo abismo
de mi infamia dominan los terrores.
Reyna el silencio, y nadie mi partido
quiere abrazar.

Tanc. Alguno habrá: no temas.

Arg. ¿Que inpensada esperanza dás à Argiro?

Tanc. Alguno habrá q̃ salga, no por tu hija,
que no merece tal su pecho indigno;
sino por el decoro de su estirpe;
por ti, por tu virtud.

Arg. Ah! ya respiro!
¿mas quien será el que salga à la palestra,
y quiera defendernos?.. Con desvio,
con tedio, con horror aqui nos miran.
Tendrè algun protector, algun amigo?
¿quien à de pelear por Amenaida,
y ha de lavar mi mancha? quien?

Tanc. Yo mismo:
y si el Cielo mis armas patrocina,
en premio de mi esfuerzo, solo aspiro
à irme sin que nadie me conozca,
ni nunca de Amenaida sea visto.

Se-

Arg. Señor, ſin duda es Dios el q̃ te envia.
El contento no puede hallar aſilo
en eſte corazon miſero y triſte.
Pero es menor la pena conque eſpiro.
Y ſaber no podré à quien tanto debo?
tu gran nobleza por tu accion colijo.
Señor, quien eres?
Tanc. Quien ſabrá vengarte

SCENA V.

Orbaſan, Argiro, Tancredo, Caballeros y acompañamiento.

Orb. à Arg. El eſtado, Señor, eſtá en peligro:
penſabamos ſalir de nueſtros muros
mañana, y ſe adelanta el enemigo.
Sin duda los traidores que nos venden
le han noticiado ya nueſtro deſignio:
ſin duda viene Solamir reſuelto
à probar nueſtras fuerzas y el deſtino.
Contra el Moro marchamos, y ſi vale
mi dictamen, no quieras ſer teſtigo
del atroz eſpectaculo, que luego...
Arg. Baſta Orbaſan, que mis anhelos ciño
à perecer en la ſangrienta guerra:
de eſte valiente Caballero fio...
Señalando à Tancredo.
me conduzca al lugar de la batalla:
à peſar de mi afrenta determino
acabar eſta vida, acreditando
à mi patria que muero en ſu ſervicio.
Orb. Peſamiento mui proprio de quien eres!
por la poſtrera vez hieran los filos
de tu eſpada en las hueſtes Muſulmanes.
Pero con toda inſtancia te ſuplico
evites ver el lugubre aparato...
Es mui barbaro y duro el ſacrificio
paraqué le preſencies... Ya ſe acercan.
Arg. Oh Dios! ſocorre al infeliz Argiro.
Orb. Deſviarſe deben los paternos ojos
de tan cruel acto, pues ſi à el aſiſto
es por mi empleo, y porque a tanto vulgo
es fuerza contener: ciertos delitos
ſiempre encuentran ſeveras à las leyes.
Protejerlas me toca; y pues oficio
tan auſtero no tienes à tu cargo,
¿porque te expones à ſufrir martirio
en la efuſion de ſangre, que diſpone
la ley eſtablecida? ya es preciſo
te apartes de eſta plaza, pues que llegan.
Tanc. à Arg. Antes quedate en ella, padre mio!
Orb. à Tanc. Y quien eres?
Tanc. Quien ſoi? ſoi tu contrario
mui afecto à eſe anciano deſvalido
quizá ſu vengador, quizá à la patria
Señor, tan neceſario qual tu miſmo.

SCENA VI.

Abreſe el foro, deſcubreſe à Amenaida en medio de las guardias. Los Caballeros y el pueblo ocupan la plaza.

Arg. Noble deſconocido, ah! ſoſtenedme:
ocultame eſe objeto: mi hija ſale.
Tanc. Para los tres, que paſo tan terrible.
Ame. Oh ſuprema juſticia!.. tu, que ſabes
lo preſente, paſado y venidero.
Tu ſola eſtás leyendo las verdades
de mi pecho: tu ſola, tu eres juſta;
la turba de los hombres implacable
habla, juzga y condena ciegamente.
Nobleza, pueblo, y todo aquel q̃ parte
haya tenido en mi cruel ſentencia:
no pretendo ante vos juſtificarme.
Nueſtro Juez ſea el Cielo q̃ me eſcucha.
Senadores odioſos, que dictaſteis
un fallo iniquo, ſi, yo lo confieſo,
yo ultrage vueſtra ley, que deteſtable
fue ſiempre para mi como tirana:
tampoco niego que ofendí à mi padre,
que quiſo diſponer de mi alvedrio.
A Orbaſan agraviè que avaſallarme
el alma pretendió con arrogancia.
O Ciudadanos! ſi es vueſtro dictamen
ſe caſtigue mi crimen con la muerte;
herid... mas permitidme que os declare
mi infortunio. Quien va ante el Juez eterno
nunca à temido hablar à los mortales.
Padre... Señores, que os hallais preſente
A los Caballeros.
á mi horrendo ſuplicio, y q̃ eſtorvarle
debierais... pero à quien (divinos Cielo!
alli deſcubro al lado de mipadre..!

El es: el mifmo... no,no hai q̃ dudarlo...
Atendedme... Yo muero...

Cae desmayada en los brazos de los guar.

Tanc. Ah ! baftante
es mi prefencia para confundirla.
Mas no importa... Señores,efcuchadme:
no profigais, miniftros de la muerte:
efperad ciudadanos , que hai quien fale
à defender fu caufa: yo me obligo
á fer fu Caballero: aqui fu padre
(ni menos que ella á muerte condenado
ni de perder la vida mas diftante)
mi brazo protector de la inocencia
acaba de admitir. Las leyes callen.
Sentencie el valor folo , que el decide
entre los Caballeros: dilatarfe
nada debe. La liza al punto fe abra,
y al honor, al esfuerzo fe prepare
por los Jueces. A ti Orbafan altivo,
à ti , Orbafan, te reto, y oi quitarte
la vida deberé , ò tu à mi la mia:
à ti arrojo la prenda del combate.

Arroja al fuelo à los pies de Orbafan la manopla.

Atreverafte à azarla ?

Orb. Tu arrogancia
no , no era digna de honra femejante.

Hace feña à fu efcudero , que levante la feñal de defafio.

Por lo q̃ á mi me debo, y à efe anciano,
que te ha admitido en fu temible trance,
(aunque con propria humillacion) refuelvo
exponerme contigo: à caftigarte
va al punto mi valòr de la ofadia
de haberme provocado. Di, ¿que clafe,
que nombre tienes ? efe fimple efcudo
dá de gloria marcial pocas feñales.

Tanc. Quizá las obtendrá de la victoria.
La fuerte quiere que mi nombre calle:
mas de mi le fabrás en la paleftra.
Vamos fin detencion.

Orb. Luego al inftante
fe abra la valla , y libre de prifiones
quede Amenaida mientras el combate
la reftituye à ellas. Compañeros,
fabed que apenas mi valor le acabe,
marcharé á vueftra frente, y el eftado
defenderè. Las lides fingulares
fon de gloria mui breve. Las q̃ encierran
fervicio de la patria fon durables;
fon dignas del honor y de los heroes.

Tanc. Vamos pues, Orbafán. Mas que os declare,
Señores , permitid que me perfuado
no ha de fer el quien oi la patria falve.

SCENA VII.

Argiro delante del teatro ; Amenaida , à quien han quitado las prifiones, àcia el foro.

Amenaida volviendo en fi del desmayo.

Ame. Cielos! ¿que ferá de èl fi fe defcubre
fu cuna ?

Arg. Hija...

Ame. Que me quieres , padre?
tu pronunciaftes mi fentencia iniqua.

Arg. Oh Dios! que te declaras de fu parte,
¿defiendes la inocente ? ¿ò perdonando
ya fu culpa , pretende feñalarfe
de nuevo tu piedad? ¿que beneficio
te has dignado , Señor , de difpenfarme?
¿es por ventura gracia, ò es jufticia?
¿fi me ferá la fuerte favorable?
que has dicho, dí... conque ojos à Amenaida
podré defde oi mirar ?

Ame. Con los de padre.
Aun eftoi à la boca del fepulcro,
dudando fi fon bienes , ò fon males,
los que el Cielo me guarda. No receles
ofenfas de mi gloria. En mi no caben.
Mas fi amor paternal te debe tu hija,
alejala , Señor , de efte parage,
que à vifta de efe barbaro aparato
debil , rendida , y ya fin alma yace,
expuefta à infultos de la plebe ofada,
que fu oprobio y fus lagrimas aplaude,
lagrimas derramadas juftamente,
y cuyo digno objeto nadie fabe.

Arg. Ven , que mis manos tremulas , tus pafos
guiarán... Cielos! fed en el combate
propicios à las armas que la auxilian,
ò enviad la muerte à un defdichado padre.

ACTO IV.

SCENA I.

Tancredo, Loredano, Caballerós. Llegan las armas de Orbasàn delante de el.

Lor. Aunque ilustre, es funesta tu victoria,
pues con ella nos privas del insigne
caudillo, cuyo pecho se entregaba
todo al estado, sin que competirle
otro que tu, pudiese en valentia.
Dinos qual es tu nombre, qual tu estirpe.

Tancredo en ademan de un hombre pensativo y afligido.

Tanc. Solo Orbasan logró al morir saberlo.
Mi secreto y mi odio el infelice
lleva à la tumba. Es mi destino infausto.
No procureis, Señores, se averigue.
Saber quien soi si os sirvo, q̃ os importa?

Lor. Pues lo quieres asi, no se publique.
Mas con util valor y hazañas dignas,
tu virtud para siempre se acredite.
Mui presto se verán en nuestros campos
las medias lunas. Siracusa pide
que defiendas sus leyes y su culto.
Mira como adversario mas terrible
à Solamir. Perdimos nuestro apoyo;
pero en ti le logramos aun mas firme.
Mas vuelvenos el heroe que nos quitas,
ò privado dispon nos acaudille
el que venció à Orbasán, pues esperando
nos está Solamir.

Tanc. Oferta os hice
de acompañaros contra el sarraceno.
Y quizá habrá razon para que mire
yo à Solamir, como à adversario mio,
no menos que el estado, y le abomino
mas que vosotros. Oi à este combate,
saldre tambien.

Cat. De ese valor insigne,
nos prometemos todo. Y Siracusa
à premiar quanto à el deba se apercibe.

Tanc. No hay premio para mi, ni yo le aguardo,
ni le pretendo. Para mi no existe
ya nada apetecible en Siracusa.
Y bien os sirva, ò en el campo expire,
no intento me resulte recompensa,
ò compasion ò gloria. Quanto exige
mi obligacion haré. Mis votos solo
à que me vea Solamir se ciñen.

Lor. Eso anhela el estado. El tiempo estrecha:
todo al fin importante ya conspire
à la victoria. Amigos, entre quienes
oi sus laureles van à repartirse,
luego sabreis quando acudir os toque
al puesto à que el contrario se dirige.
Proximos à teñirnos en su sangre
y otro afecto en nosotros no domine,
que la defensa y gloria de la patria.

Vanse los Caballeros.

Tanc. Por ella es justo q̃ oi me sacrifique,
ya lo merezca, ó no.

SCENA II.

Tancredo y Aldemon.

Ald. ¡Que mal conocen
la oculta herida que à ese pecho aflige!
pero à pesar de tu dolor y agravio,
¿como no vas segun el uso pide,
à ofrecerte triunfante à la belleza
que adquiere honor y libertad; q̃ vive
por ti? y las armas de Orbasan vencido,
¿como glorioso, di, à sus pies no rindes?

Tanc. Pienso Aldemon, no verla mas.

Ald. ¿Acaso
tu vida en su defensa no expusiste?
¡y huyes ahora de ella!

Tanc. Tal merece.

Ald. Justo es, Señor, que su traicion te indigne.
Mas por esa traicion has combatido.

Tanc. Razon tienes: confieso q̃ imposible
me fue à pesar de tan atróz perfidia,
consentir su ignorancia, y su fin triste.
Y aun amandola menos, mal pudiera
abandonarla yo, ni reducirme
à no salvar su vida. Pero debo
no perdonarla, viva si; y expire
el que la ha defendido, que algun dia
tendrá quizá la infiel que arrepentirse
de haber sido engañosa à aquel Tancredo
apa-

apaſsionado, à aquel amante firme
que oy pierde, que maltrata. Juſtos Cielos,
que eſclavo de ella fuí! quanto la quiſe!
Cabía la juzgaſe yo perjura!
antes penſé adorar la mas ſublime
virtud, y que no fueſen mas ſagrados
juramentos y altares que una ſimple
palabra, una promeſa de Amenaida.

Ald. Que ſolo en Siracuſa predominen
acordes la barbárie y la perfidia!
proſcrito de tu patria, te perſigue
tirana lei, quando el amor te ofende.
Alexemonos ya de eſtos confines.
Vamos à la batalla deciſiva.
En ella yo, y en quantas partes diſten
de eſtas murallas centro de maldades,
tus huellas ſeguiré.

Tanc. ¿Quien me repite
à peſar del delito que ha incurrido,
la imagen de virtudes tan plauſibles,
que creí ateſoradas en ſu pecho?
qué encanto es eſte? ò tu q̃ à un infelize
vas à precipitar en el ſepulcro,
del qual por eſta mano te vés libre;
odioſa, delinquente, amada acaſo,
ò tu que mi deſtino ſiempre riges;
¿porque à mis ojos, di, ya no te mueſtras
ſea ò no con engaño la que fuiſte...
Solo habré de olvidarla con la muerte.
Que flaqueza!.. Es forzoſo que la expie.
Probemos à morir, ſin acordarnos
de la ingrata Amenaida, ſi es poſible.

Ald. Poco ha menos culpada la creias:
¿que el mundo dominaban no dijiſte,
la mentira y calumnia?

Tanc. Nada ignoro:
todo ha llegado en fin à deſcubrirſe.
Prendado Solamir de ſu belleza,
exigió como en fé de una paz firme,
ſe le dieſe à Amenaida por eſpoſa.
¿Se hubiera el atrevido à tanto, dime
ſi de acuerdo con ella no eſtubieſe?
creí à mi proprio corazon, mal hice:
creér debo à ſu padre que la acuſa.
A ella miſma q̃ oſtenta amar ſu crimen.
En fin, yo he viſto, yo el papel infauſto.
Como hablando conſigo miſmo, en tono pauſado, y de admiracion.
Para mandar en Siracuſa vive!..
En nueſtros pechos y murallas reina!
cierto es mi mal.

Ald. A la enemiga olvide
eſe gran corazon que de el no es digna.

Tanc. Lo mas abominable, mas horrible
es que honrarſe creyó, y tener por dueño
al viviente, al caudillo mas inſigne.
Mandan altivos Arabes à Italia;
y à ſu vano eſplandor ciego ſe rinde
el imprudente ſexo, el ſexo miſmo
eſclavizado ſiempre en ſus paiſes.
Y tributando timidos obſequios,
cede à los proprios amos que le oprimen.
Por ellos con traicion nos abandona,
mientras ſomos eſcudos tan ſerviles
de ſu flaqueza, y à ſus pies viviendo,
por el morimos en ſangrientas lides.

SCENA III.

Tancredo, Aldamon y Catan.

Cat. Señor, los Caballeros eſtán prontos.
El tiempo eſtrecha, no ſe deſperdicie.

Tanc. Mucho
he perdido, ſi. De aqui ſalgamos.
Llegó ya el trance!..
mi valor os ſige. *Vaſe Catan.*

SCENA IV.

Tancredo, Amenaida, Aldamon y Fánia.
Amenaida ſaliendo con precipitacion.

Ame. Oh mi Dios tutelar, dueño abſoluto
de mi ſer! à tus pies en fin me arrojo.
Echaſe à ſus pies; levantala Tancredo; pero volviendo el roſtro à otra parte.
A ellos verás tambien preſto a mi padre.
conmigo eſa eſtrañeza!.. huyes el roſtro?
habrá quien culpe tan debido anhelo?
no he de poder manifeſtar mi gozo,
lo que eſte animo encierra, ni nombrarte?
me eſtremezco!.. Señor, baxas los ojos!
mirałteme cercada de Verdugos,
y ſolo he de obtener aſi eſte logro!
confuſo eſtás, y mi alma conſternada:

con timidez te hablo... Oh Dios ! que ahogo!
no escuchas?

Tancredo con voz interrumpida.

Tanc. Vuelve: y piensa en el consuelo
de aquel anciano á quien venero y honro:
que aun me llaman cuydados mas urgentes.
Oy contigo y con el cumplì ya en todo.
Premiado he sido: nada mas espero.
El mucho agradecer, quizá es gravoso.
Mi corazon exime de ello al tuyo,
que disponer de si puede á su antojo.
Vive... dichosa... y yo... á morir me parto. *vase.*

SCENA V.

Amenaida y Fánia.

Ame. Despierto del sepulcro, ò soi su aborto?
creeré que el Cielo me ha dexado viva?
es dia, es noche la que ven mis ojos?
ah ! el que acabo de oir, querida Fánia,
es un falso; de muerte mas odioso
que el de la lei q̃ aqui me ha condenado.

Fán. Habrá podido transformarse en otro!
que sospechas le agitan?

Ame. Es mi amante
quien me ha hablado?... me trata de ese modo !
su frialdad altiva, su desprecio
no reparaste? aquel sañudo enojo,
aquel desden con que miraba apenas?
y á quien?.. á mi que le amo, q̃ le adoro!
me sacó del Imperio de la muerte
para sacrificarme luego el proprio!
òh Tancredo! mi bien, tirano! injusto!
¿en que pude ofenderte, que lo ignoro?

Fán. No hai duda: ardiendo en ira su semblante
tarda lá lengua, y demudado el rostro
manifestaba esquiva indiferencia.
Con cuidado apartó de ti los ojos.
Pero el llanto ocultaba de esta suerte.

Ame. Tal desaire, aspereza y abandono!
de dónde nace esta tormenta horrible?
que pretende ? que ofensa tanto enojo
en el excita? de viviente alguno,
puede Tancredo acaso estar zeloso?
de deberle la vida me glorio.
Otro bien no conservo, ni otro apoyo.
Si yo existo es por el, por su victoria.
Mas si fino mi vida puso en cobro,
tambien por el me expuse yo à perderla.

Fán. Sabes si de esto se halla noticioso?
la voz del pueblo à quien tras si no arrastra?
de lo que ella publica, dudan pocos.
El esclavo, la carta, el nombre mismo
del Moro Solamir; aquel asombro
que infunde su valor, sus pretensiones,
tu belleza, su gran pasion, y todo
hablaba contra ti, y aun tu silencio,
Señora, aquel silencio grande, heroico,
que el perseguido nombre de tu amante
supo ocultar al vengativo encono
de los tiranos que à ambos os oprimen.
¿Quien penetró el arcano tenebroso
de su secreto? suele ser creído
lo peor siempre, y la apariencia...

Ame. Como!
à mi culpada !

Fán. Es facil engañarse.
A un amante perdona:

Amenaida volviendo á cobrar su altivéz y espiritu.

Ame. No; à mis ojos
no es perdonable, aun quando todo el mundo
acusase à Amenaida: al mundo todo
su aprecio opone un heroe noblemente,
dando credito solo al juicio proprio.
Conque tomó à su cargo mi defensa,
por mera compasion!.. enorme oprobio!
yendo à morir por el, mi alma sentia
un ingrato consuelo, un sumo gozo.
Y ha de formar de mi sospechas viles !
jamás tan grave ofensa le perdono.
Tengo presentes siempre en la memoria
sus beneficios, y grabados todos
vivirán siempre en mi ofendido pecho.
Pero si el ha incurrido en el arrojo
de graduarme indigna de su mano,
por indigno de mi desde oy le noto;
de todas mis afrentas, la mas grave
es esta, Fánia mia.

Fán. Yá en su abono
decirte debo, que Tancredo ignora...
Ame. Ignorar no debia que su solio
tiene en mi la virtud: conocer debe
este corazon fiel: serle notorio
que era imposible que à romper llegase
yo un vinculo tan noble, tan precioso.
Que esta alma es tan constante y tan altiva,
como fuerte su brazo; y con decoro
tan grande, como puede ser la suya.
Mas no tan sospechosa, ni tampoco
tan insensible. Ya desde oy renuncio
à ese Tancredo. A los mortales todos.
O los contemplo dobles, ò malvados,
debiles unos y crueles otros.
Barbaros estos, credulos aquellos;
ò bien son engañados, ò engañosos.
Eternamente olvidaré al que amaba,
y à quanto comprehende nuestro globo.

SCENA VI.

Argiro, Amenaida y acompañamiento. Argiro sostenido de dos escuderos.

Arg. Guiad, amigos, mis cansados pasos,
que ya va à principiarse la batalla.
Oh! si lograse yo abrazar al heroe
que la vida te dió! dime, Amenaida,
podre saber quien es?

Amenaida entregada á su dolor, descansando con una mano puesta sobre Fània, y medio vuelta àcia su padre.

Ame. Un joven, digno
de poseer en otro tiempo mi alma,
un heroe perseguido por mi padre,
que timida hasta ahora no nombraba:
por vosotros proscrito; unico objeto
de aquel fatal papel, ultima rama
de una familia augusta, el mas ilustre
de los mortales. Ay desventurada!
el mas injusto. En fin, Tancredo.
Arg. Como?
Cielos!... Hija, que has dicho?
Ame. Lo que el ansia
que me aflige, ocultarte mas no puede.
Lo que aqui te declaro en confianza,
temiendo le resulte algun mal grave.
Arg. Tancredo!
Ame. ¿Y quien sino el, por Amenaida
à morir se expondria?
Arg. Que! Tancredo!
el mismo à quien nuestro senado infama!
Ame. El mismo.
Arg. Y por nosotros nada omite!..
privamosle de hacienda, de honra y patria:
y por nosotros oy su vida expone!
oh Juezes infelices! que ocupadas
ciegamente tenemos ambas manos,
con la cuchilla fiera, y la valanza.
¡Qué injustos son, que vanos nuestros juicios!
oh quanto yerra la prudencia humana!
qué ingratitud! qué tiranía!
Ame. Padre,
para culparte, si, me sobra causas
pero veo te afliges de manera,
que no se atreve á lamentar el alma,
que dí à Tancrédo...
Arg. A quien me dá la vida!
Ame. Indigna vida! toda mi esperanza
se funda en ti, Señor. Remedia presto
tantos errores, sinrrazones tantas.
Vuelveme ya el honór que me has quitado.
Que quien venció à Orbasan, mi vida salva
solo dexó: publíca mi inocencia.
Arg. Eso me toca.
Ame. Voy à donde el vaya.
Arg. Detente.
Ame. Detenerme! no es posible.
Contigo voi, Señor, à la batalla.
Cerca he visto à la muerte, y muerte infame.
La q̃ en los campos del honor me llama,
no es para mi terrible; ni es ya tiempo
de que intentes à tu hija negar nada.
Ya adquirí sobre ti derechos justos,
derechos que me ha dado mi desgracia.
¿Querrás segunda vez abandonarme?
Arg. En ti el poder no tengo que gozaba,
porque de el abusé. Justo es le pierda.
Pero que intentas? donde te arrebata
tu apasionado impulso? no qual suele

en

en remota region, osado marcha
aqui tu sexo al lado de los heroes,
y en el esfuerzo casi los iguala.
Las leyes, las costumbres no permiten....

Ame. Que leyes! que costumbres insensatas!
oy soi ya superior à todas ellas.
Oy que el furór, el despotismo mandan,
solo escucho las leyes de mi arbitrio.
Esas horribles leyes, cuya carga
te está oprimiendo, verterán tu sangre
que en mis venas se ve depositada?
permitirán que muera en un cadahalso
tu infelíz hija con eterna infamia,
y no permitirán que à la palestra
à donde reina la victoria, salga
à defender su honor? ¿podrán mostrarse
las mugeres aqui, solo cercadas
de inhumanos verdugos? la injusticia
de entera independencia al fin es causa.
Suspiras? ah! si hubieses suspirado,
Señor, quando adulaste la tirana
resolucion; y contra aquel que solo
emprediò tu defensa en nueva alianza,
uniendote à Orbasan, me precisaste
à ser inobediente!

Arg. Hija, basta:
no aflixas mas à un padre infortunado.
No abuses del poder que en estas canas
te da mi culpa. Mi dolor respeta.
Y si acaso no estás enagenada
del amor de tu padre, por lo menos
dexa que muera al hierro de las lanzas
de nuestros enemigos. No me impidas
q̃ vaya en busca de Tancredo. Aparta.

SCENA VII.

Amenaida y Fánia.

Ame. Quién detendrá mis presurosos pasos?
oh! tu que me aborreces, q̃ me ultrajas,
y despues de vengarme me desprecias;
pelear me verás, y tus hazañas
imitar junto à ti; oponer mi pecho
à quantos tiros la enemiga rabia
contra ti lance; con la propria vida
dar à tus beneficios justa paga;
castigar tu injusticia de esta suerte;
vencerte si es posible, en inhumana
fiereza; y en tus brazos espirando,
dexarte el odio en q̃ mi amor se cambia:
el pesar de un delito irreparable,
y todos los martirios de Amenaida.

ACTO V.

SCENA I.

Marcha guerrera antes de empezar. Los Caballeros y Pueblo: los Caballeros, y Escuderos con las espadas desembaynadas en la mano. Los Soldados cargados de trofeos.

Lor. Por tan feliz victoria cantád himnos,
ò ciudadanos: ofrecéd inciensos
al Dios de las batallas: pues à el solo
se debe el triunfo, à el la gloria démos.
El infundió vigor en nuestros brazos,
y embotar quiso el enemigo azero,
mostrandonos patentes las celadas
que armaron los astutos Sarracenos,
azote de catholicas naciones.
Id sin tardanza, y erigid troféos
sobre tantos cadaveres de infieles.
Adorad reverentes nuestros Templos
con los tesoros de la media luna,
hollando ufanos los rendidos cuellos.
Y España opresa, y arruinada Italia,
postrado Egipto, y con marcial despecho
en grillos Siria, à domeñar aprendan
à los que son pavor del universo.
Justo es se piense en confortar à Argiro,
procurando le sirva de consuelo
en su dolòr, la pública alegria:
pues sino felíz padre, por lo menos
felíz patricio contemplarse puede.
¿Pero como el incognito guerrero
à quien dicen se debe la victoria,
no vuelve aqui con nuestros caballeros?
¿no juzga el triunfo de esplandor bastãte,
ò nos cree envidiosos de sus hechos?
almas como las nuestras no conocen
esa indigna pasion, ni sus efectos.

Des-

Despues que à Siracusa ha defendido,
huirá de sus muros? largo tiempo *à Cat*.
le vimos à tu lado pelcando.
Y pues que fue participe del riesgo,
¿como no viene à celebrar el logro
de la victoria?

Cat. Oid. Estadme atentos,
Señores. Entre tanto que ocupabais
el transito del Etna, yo algo lexos
de vosotros estaba en las orillas,
à la enemiga furia resistiendo.
Alli notamos que al mayor peligro
precipitado se arrojaba y ciego,
sin aquella conducta sosegada
de un heroe grande, y General supremo.
Dón tan preciso, como á pocos dado.
Su valor procedia con arresto,
dando señales de valor oculto,
en la tremula voz y adusto ceño.
A Solamir llámaba muchas veces,
y muchas se le oyó en confusos ecos,
el nombre de Aménaida, á quien perjura
apellidába en tono lastimero.
A pesar del furor se le asomaban
lagrimas á los ojos: con anhélo
solicita la muerte que de él huye.
Quanto mas se abandona, mas tremendo.
Ya todo á nuestras armas se rendia,
y mas que á ellas á su heroico esfuerzo.
Ya ácia vosotros con triunfantes pasos
volviamos; pero èl con desconsuelo
abatido, insensible á tanta gloria,
mostrando que el vivir le daba tedio,
llama á Aldemon, le abraza, le hábla,
gime,
y con aquel intrepido denuedo
que habia acreditado en la pelea,
se alexó para siempre, á Dios diciendo.
Pretenderá que Siracusa ignore
quien es. Nadie el origen de su intento
acierta á descubrir. Todos vacilan.
Pero alli mismo aparecerse vieron
entre la multitud de los soldados,
á Amenaida. Olvidada de su sexo,
fuera de tino, palida, desecha,
corre, llamando á voces á Tancrédo.
Seguiala su padre tristemente,
aunque con tardos pasos, y á lo lexos.
Aqui anegada en lagrimas la trae.
Dice que ese caudillo, ese héroe exelso,
el que venció á Orbasan, el que á Ame
naida
y á la patria vengo aquel es Tancredo
á quien esta mañana proscribimos
y declaramos de comun acuerdo,
rebelde y transgresor de nuestras leyes.
Leyes que le condenan á destierro.
Qué hemos de hacer, Amigos, en tal caso?

Lor. Qué? reparar tan grave desacierto.
Persistir en la culpa es agravarla.
Sonrrojo perseguir, tener opreso
á un hombre ilustre y grande. Quantas
vezes
al merito y virtud padecer vemos.
Mas quando en fin, á conocerse llegan,
honrarlos es forzoso.

SCENA II.

Los Caballeros.

Argiro saliendo con precipitacion.

Arg, Y socórrerlos,
y tambien libertarlos. En peligro
Señores, queda el inclito Tancredo:
su ciega intrepidèz volvió à arrojarse
à los contrarios, y con todos ellos
arrastrado pelea... Quan en vano
culpo mi fria edad, mi desaliento.
Caudillos, cuyo ardor y lozania,
lucen à competencia, pues el peso
de los años no os postra, acudid pronto,
disipad mis temores, y à Tancredo
restituid à mi inocente hija.

Lor. Basta,.. Señores, no se pierda tiempo.
Su valór imprudente socorramos.
Saquemosle si es dable de este empeño.



SCENA III.

Argiro solo.

Arg. Cielos, que al fin
os apiadais de un padre!
A mi infelize hija me habeis vuelto,
y à su feliz libertador volverme

Sale Amenaida.

tambien determinais!
en nuestros pechos
hija mia, renazca la esperanza.
Yo he sido de tus males instrumento,
y tanto como tu los he sentido.
Oy se terminarán, pues ya Tancrédo
no tardará en venir. Cese tu pena.
Ame. En viendole, Señor, tendré consuelo.
Tendréle quando sepa no es injusto,
quando su vida este fuera del riesgo.
Quando mas no me ultrage, y pesaroso
de injuriarme este ya.
Arg. Tu sentimiento
es mui fundado. A veces hai heridas
que, ò no se curan en un noble pecho,
ò dexan para siempre cicatrices.
Pero, hija mia, si hasta aqui Tancrédo
ha sido aborrecido en Siracusa,
advierte que es ya amado, que está lleno
de gloria, y participas de su fama.
Que ha acreditado con tan altos hechos,
hasta adonde ha llegado la injusticia
de sus emulos todos. Satisfecho
queda el vulgo, si cumple lo debido.
Pero los Héroes de virtud modelo,
à mas aspiran: su valór excede
à quanto la esperanza funda en ellos.
Asi excede Tancredo en solo un dia
à nuestras esperanzas y deseos.
Apenas llegue, y sepa eres constante,
fino arderá en tu llama. Todo el pueblo
se muestra enternecido à favor suyo.
Saldrá tu amante de su error funesto,
con sola una palabra.
Ame. Esa palabra
está aun por decir. Fatal momento!
¿que me importa ese vulgo ni su escarnio,
ni su instable piedad, ó furor ciego?
que me importan sus voces tumultuosas,
de las quales no oyré ni aun los acentos?
de un hombre solo mi opinion depende.
Sabe, ó padre! que ya morir prefiero
à vivir un instante despreciada.
Sabe que... (sin reparo lo confieso)
que yo à mi bienechor, como à mi esposo
antes miré. Postrada ya en el lecho
de la muerte, mi madre mutuamente
à los dos nos unió, y en sus postreros
votos pidio al Señor que se dignase
de bendecir nuestro inocente afecto.
Nuestras manos juntó, que al fin cerraron
sus tristes ojos: y à la fáz del Cielo,
por ella y su memoria, por ti mismo,
ó infeliz Padre, hicimos juramento
de adorarnos los dos, y venerarte.
De seguir tu virtud como modelo,
y estrechar nuestro vinculo en tus brazos.
Por altares, Señor, el hado adverso
Cadahalsos infames nos destina.
El que mi amante fue, y al mismo tiempo
mi dulce esposo, tras la muerte corre.
Solo diviso ya el horrible aspecto
de mi ignorancia. Mi destino es este.
Arg. Ya ese destino mejorado vemos.
Y prometerte puedes, hija mia,
felicidad completa.
Ame. Quanto temo!



SCENA IV.

Argiro, Amenaida y Fánia.

Fàn. Toma, Señora, la debida parte
en la pùblica gloria y regocijo;
celebra ya tan inclitas hazañas:
goza mas que nosotros tal prodigio.
Aniquiló Tancredo valeroso
à los contrarios que iban fugitivos;
Al furibundo Solamir dió muerte;
victima cuyo insigne sacrificio
se debia al estado, à la venganza,
y al lustre de su nombre obscurecido.
Acordes la exigian; y la fama
veloz esparce tan plausible aviso:
rebosando de gozo todo el pueblo
le sigue, y le apellida su caudillo,
su Héroe, su gloria, su unica defensa.
Tambien se habla del trono de que es digno
por su estirpe.
Señor, solo un guerrero *à Arg.*
à su lado quedò: Aldamon mismo
que militó à tu orden: solo el tubo
parte en sus hechos tan esclarecidos:
Qnando llegaron nuestros Capitanes
à librar à Tancredo del peligro,
le hallaron ya triunfante y sin contrarios.
No oís del pueblo tan alegre victor?
por todas partes suenan los elogios
de sus proezas. Le destinan sitio
superior, al que ocupan en el templo
de la fama los Héroes que principio
dieron à su nobleza. Venid presto.
Mil laureles vereis entretexidos
ceñir su frente. Asistireis al triunfo...
A Aménaida.
Señora, el homenage à ti debido
dichosa admitirás. Ya se te muestra
todo risueño: de tu hado impio
oy lograrás vengarte, y à Tancredo
à tus ansias en fin verás sumiso.
Ame. Ya siente mi alma lo que es gozo. Padre!
adoremos al Cielo, que propicio
el bien que antes perdí me restituye,
y me redime del mayor martirio.
Oy empiezo à vivir, oi á su colmo
llega mi dicha, y al perpetuo olvido
doi mi afliccion. Perdoname las quexas,
los graves cargos que Amenaida te hizo,
sus debiles recelos, sus temores.
Los flacos y tiranos enemigos
del gran Tancredo, cuidadanos, vulgo,
à sus pies os rendió; presto à los mios
amante le vereis.
Arg. Si. Para siempre
enjugar quiere el Cielo ya benigno,
nuestras copiosas lagrimas... Oh dicha!
sino me engaño, alli à Aldamon diviso;
A Aldamon, el que fiel siguiò à Tancrédo,
sin apartarse de el, en el peligro...
El es; aquel guerrero, tan amado
de mi familia siempre. Ya respiro!
fundado es nuestro gozo...
Pero triste... *pausadamente.*
muestra el semblante. Si le abran herido?

SCENA V.

Argiro, Amenaida, Aldamon y Fania.

Ame. Habla pues, Aldamon. Conque Tancredo
victorioso?
Ald. Señora..
Ame. ¿En este dia,
à Siracusa llegará triunfante
al son de alegres canticos y vivas?
Ald. Presto en clamores lugubres, trocados
los canticos verás.
Ame. Otra desdicha!
Ald. Este dia fatal que ha coronado
su gloria, es el postrero de su vida.
Ame. Qué es lo que escucho! dí. Nada me ocultes.
Tancredo ha muerto!...
Dolorosamente.

Ald. Vive todavia.
Mas le traſpaſa el pecho mortal golpe.
En eſta carta con ſu ſangre eſcrita

Sacando una carta cerrada.

ſe deſpide de ti : ſin duda en ella
ſus ultimos afectos ſignifica.
Temblando cumplo tan fatal encargo.
Arg. Oh ! tiempo de furor y de agonía!

Amenaida como volviendo en ſi.

Ame. Dame pues la ſentencia de mi muerte.
Como un precioſo dòn mi alma la eſtima.
Ah Tancredo! mi bien, dueño abſoluto
de mi deſtino ! la orden que me envias,
qualquiera que ella ſea, la contemplo
como orden que me dás de que te ſiga.
A obedecerte voy.
Dame eſa carta. *à Aldamon.*
en que mi mal, mi bien, mi fin ſe cifra.

Aldamon dàndo la carta.

Ald. Leé, y perdona mi funeſto oficio.
Ame. ¿Podreis, ojos, leér letras eſcritas
con tal ſangre ? es preciſo... de mi hado
ſerá eſta la poſtrera tirania!
Lee. Deſpues de tu traicion, ni un ſolo inſtante
vivir me es permitido, mas advierte
que ſi en la guerra pierdes à tu amante,
eres, ó ingrata, quien le dás la muerte.
Quando ſalvé tu vida ; quien en vano
ſalvar tambien tu honór quiſo mi mano.
Conque en fin, padre...

Dexaſe caer en los brazos de Fánia.

Arg. En fin, nuueſtro deſtino
ſació todo el encono de ſus iras.
Ni que temér, ni que eſperar nos queda:
ni tu eſtado, ni el mio da cabida
à quexa alguna: ſolo ſi pretendo,
antes que dexe la manſion impía
del mundo, declarar à nueſtra patria
quantos agravios, quantas injuſticias
ſe han echo à tu virtud. Declarar quiero
à todo el univerſo, amada hija,
la gloria de tu nombre.
Ame. ¿Que me importa
en mi dolor profundo, quanto diga
mi injuſta Patria, el Univerſo todo,
ſi he perdido á Tancredo ?
Arg. Suerte eſquiva !
à tus atrozes golpes ya me rindo.
Ame. ¿Será poſible, ò Cielo, que permitas
muera Tancredo, ſin ſaber ſu engaño?
A ſu padre. Tu eres la cauſa, tu, de eſta deſdicha.
Antes que eſpire, padre...
Mas qué es eſto ?
los tiranos ſe ofrecen à mi viſta?

SCENA ULTIMA.

Loredano, Caballeros, Amenaida, Argiro, Fánia y Aldamon.

Lor. Oh infeliz hija! oh padre deſgraciado!
paſado todo el pecho de mortales
heridas, os trahemos á aquel heroe
que de ſu ciego ardor dexo llevarſe,
y reſolvió morir muerte glorioſa.
Ya los arroyos de ſu noble ſangre
vertida por la patria, hemos parado.
Parece que aquella alma heroica y grande,
para ver à Amenaida ſe detiene.
Llamaba à voces por ſu nombre, y cuen
lagrimas de los ojos que le miran:
caſo inaudito!... El corazon me parte!
voráz remordimiento me conſume.

Mientras habla Loredáno, acercan poco à poco à Tancredo, ácia donde Amenaida eſtá, caſi deſmayada en los brazos de ſus criadas. Apartalas de ſi precipitadamente; y volviendo con horror.

vor ácia Loredano, le dice.

Ame. Tan ſubita piedad, de donde nace?
Barbaro!... Ahora?.. Tu, remordimientos?...

Deſpues corriendo ácia Tancredo, y echandoſe à ſus pies.

Oh Tancredo! tirano y dulce amante!
dignate de atender à mi inocencia.
De Amenaida tu viſta no, no apartés.
Mi profunda aflicción mira, y consiente
que en la tumba tu eſpoſa te acompañe.
Solo à eſte honor mi corazon aſpira.
Tu aquel nombre me diſte. ¿Y que privarme
intenterás de nombre tan ſagrado?
¿ſerás mas inflexible en eſte tranze,
que han ſido tus contrarios y los mios?
vuelve à mirar à eſta muger conſtante.
¿Será eſta la poſtrera vez acaſo,
que ſe dirija à mi tu roſtro amable?
dime ſi me aborreces?

Tancredo procurando levantarſe, y volviendo à caer.

Tanc. Ah Traidora!
Ame. Quien? yo? Tencredo!

Argiro poniendoſe tambien de rodillas al lado opueſto que Amenaida, abrazando à Tancredo; y deſpues levantandoſe.

Arg. Ay triſte! Señor, ſabe
que ſi à morir ha ſido condenada,
no ha ſido otra la cauſa que el amante.
Crueles contigo fuimos y con ella;
las leyes patrias, nueſtros Capitanes,
y un tribunal auguſto erraron todos:
élla ſola era juſta, y el deſaſtre
causó principalmente aquella carta.
A ti ſe dirigia: aſi no eſtrañes
que te engañaſe yo, pues à mi miſmo
me engañé por mi mal.

Tancredo levantandoſe otra vez un poco.

Tanc. Que dices padre!...
Amenaida! es poſible? tu me quieres?
Ame. Digna en efecto del ſuplicio infame
de que me redimiſte yo ſeria,
ſi te hubieſe olvidado un ſolo inſtante,
y ſido ingrata, infiel...

Tancredo cobrando alguna fuerza, y alzando la voz.

Tanc. Qué! tu me amas!...
ò bien, mayor mil vezes que mis males!
Ya de morir me peſa. Pero es juſto
que no paſe el vivir mas adelante,
pues creí ciegamente à la calumnia.
Mi vida era infeliz haſta poco hace.
Y la pierdo en el punto que debia
convertirla en dichoſa y apreciable
una palabra tuya!
Ame. ¿Unicamente,
Dios poderoſo, en eſte horrible lanze,
y ſolo quando pierdo al dueño mio,
me ſerá permitido que le hable?
Tanc. Eſas lagrimas tuyas me conſuelan.
Pero en fin, es preciſo abandonarte.
Mi muerte ſe apreſura.
Eſta es Argiro *à Arg.*
la que me ſupo dar, ſupo guardarme
ſu fé, y ha ſido victima inocente
de mil ſoſpechas é inhumanidades
en que hemos incurrido. Une à ſu mano
eſa mano teñida en propria ſangre,
para que aſi al ſuplicio llevar pueda
el nombre de ſu eſpòſo... Se mi padre.

Argiro tomandoles las manos.

Arg. Hijo querido, (ay Dios!) oxala vivas,
para que fiel tu eſpoſa te idolatre.
Tanc. Pues que vengué à mi patria, y à mi eſpoſa,
ya Señor, he vivido lo baſtante.
Muero en los brazos de ambas, de ambas digno,
en fin, de ambas amádo. A completarſe
llegaron oy mis votos... O Amenaida!
Ame. Es poſible, mi bien?
Tanc. Palabra dame

de

de no imitar mi muerte: vive... *cae mu.*

Cat. Ay Cielos !
ya eſpira... y nueſtros pechos que tan tarde
lograron conocerle,..

Amenaida arrojandoſe ſobre el cuerpo de Tancredo.

Ame. Que ! voſotros,
voſotros que la vida le quitaſteis,
llorais por el ¿ oh barbaros ! tiranos!

Levantaſe, y da algunos paſos diciendo.

Abraſe el centro de la tierra y trague
à quantos veo, à Siracuſa toda.
A eſe ſenado y à la abominable
autoridad que exerce, derramando
ſegun ſu antojo la inocente ſangre,
con el miſmo puñal de ſu juſticia.
Oh! ſi eſta vida yo acabar lograſe,
en la ardiente ceniza de mi patria!
oh ! ſi me convirtieſe yo en cadaver,
ſobre los vueſtros proprios!...

Vuelve à arrojarſe ſobre el cuerpo de Tancredo.

Ah Tancredo !
Tancredo! mi Señor!... qué? muerto yace,
y voſotros vivis!.. *levantandoſe furioſa.*
mas ya le ſigo.
Su voz me llama, y manda le acompañe
en las hórridas ſombras de la tumba.
Quedaos à ſufrir las penas graves
que os aguardan à todos.

Cae en los brazos de Fania.

Arg. Hija mia!

Amenaida fuera de ſi impeliendole con la mano en el pecho.

Ame. Detente. Aparta. No eres ya mi padre.
Perdona à mi furor.... Complice fuiſtes:
ay infeliz de mi!... Tancredo! ſabe
que tuya ſoy, que fiel te adoro y que ahora
eſpiro en eſos brazos, dulce amante.

Cae al lado de Tancredo.

Arg. Hija!... Amenaida!... Haz pues,
Fánia querida,
que antes que muera yo, cobre la vida.

F I N.

Barcel. En la Imprenta de Carlos Gibért y Tutó, Impresor y Mercader de Libros.